

HISTORIA Y DESPRECIO

CARLOS PEREDA

Quiero explorar algunas formas del desprecio. En muchos países, por ejemplo, en México, se hace referencia a varias de esas actitudes con el colorido verbo "ningunear". ¿En qué consisten dichas maneras de creer y de actuar? En cuanto modos del desprecio parecen configurar algunas de las tantas intervenciones de la razón arrogante. ¿Lo son? Es un asunto que habrá de explorarse. Pues tal vez el ninguneo, al menos el "ninguneo histórico", esa tradición tan enredadamente sobrecargada de olvidos y pseudo-olvidos, resulte un fenómeno con varias formas, acaso no todas negativas. Si así fuese, quizá estamos ante una grave dificultad: una razón viciosa que a veces funciona como razón virtuosa.

1. EMPECEMOS POR REUNIR ALGUNOS DATOS

Tal vez no haya deseo más hondamente enraizado, más fundante de quien soy que aquel que se podría expresar en declaraciones como: *deseo no ser nada, pero tampoco una cosa o un "ninguno"*. *Deseo ser alguien*. ¿Cuál es el contenido de ese "deseo ser alguien"? Deseo desear, pensar, actuar como un yo, como un sujeto; deseo depender de mí mismo; deseo formular mis proyectos y disponer de medios para llevarlos a cabo; deseo que los otros no deseen, no piensen, no decidan por mí; más todavía, deseo que los otros reconozcan mis deseos, mis pensamientos, mis decisiones, mis proyecto y, en algún sentido, los tengan en cuenta.

Por eso, queda claro que "ningunear" a cierta persona desconoce o reprime ese deseo fundador tanto de mí mismo como del otro: al convertir a cierta persona en "ninguno", tachamos su presencia. Sin embargo, esa tachadura puede llevarse a cabo de varios modos.

Distingamos entre un ninguneo débil o no tomar en consideración a alguien, no hacerle caso, y un ninguneo fuerte que consiste en procurar hundirlo en la estima de los demás. En la turbia actividad del ningunear con facilidad se pasa de lo uno a lo otro; se comienza por no prestarle atención a una persona

y, si ésta protesta o un tercero se queja por ello, tarde o temprano aparece el golpe preciso, la activa carencia de reconocimiento. Nos encontramos en ese momento en que los españoles —¡más enfáticos!— proclaman: es un Don Nadie.

Cuidado, sin embargo, que el asunto no carece de enredos: en contra de cualquier rápido acercamiento hay que enfatizar que en el ninguneo o con el dictamen de Don Nadie no se suprime "del todo" a la persona en cuestión. Claro que nos comportamos como si esa persona no existiera, hasta alardeamos de su ausencia; no obstante, sabemos —y cómo— que está ahí. Así, a menudo este pliegue de la conducta se convierte en un genuino comportamiento doble: "oficialmente" se suprime a la persona y, sin embargo, otra cosa es el puntual desprecio que se le dirige "a sus espaldas". De este modo, más allá del silencio declarado, "oficioso", en la concreta charla cotidiana ese nadie, la persona ninguneada, es el centro de una multitud de discursos: sugerencias despectivas, rumores agresivos, ataques oblicuos. En el ninguneo hay, pues, reconocimiento, aunque se trate de un reconocimiento negado, no aceptado, no asumido por quien reconoce/desconoce.

En su libro *Itinerario* de 1993, Octavio Paz —a quien tanto le preocupó el ninguneo en *El laberinto de la soledad* de 1950— nos narra una historia que tiene como protagonista ese doblés. En marzo de 1951 Paz publicó en la revista *Sur* —la legendaria revista cultural que en Buenos Aires dirigió Victoria Ocampo— una serie de documentos sobre los campos de concentración soviéticos con una nota suya de introducción. Era la ruptura abierta con sus hasta entonces amigos comunistas. Paz escribe:

Sentí una suerte de liberación y esperé los comentarios. Hubo pocos; recibí, como dice la antigua expresión, la llamada por respuesta. O a la mexicana: "me ningunearon". Supe después que los comentarios hablados habían sido duros y despectivos. En México, antes había sido visto con sospecha y recelo; desde entonces, la desconfianza empezó a transformarse en enemistad más y más abierta e intensa. Pero en aquellos días yo no me imaginaba que

los vituperios iban a acompañarme años y años, hasta ahora.

El ninguneo, como cualquier reconocimiento negado, produce ante todo ataques oblicuos en los que no tanto se afirma como se rumores; sin embargo, éstos resultan mucho más dañinos que la crítica abierta, precisa y frontal. Como en el caso narrado por Paz, sus efectos tienden a impregnar situaciones incluso muy lejanas de las circunstancias que lo originaron. Como se sabe, en favor del rumor se aduce: "si el río suena, agua lleva"; olvidamos que en muchas ocasiones el río sólo lleva el agua que mal intencionadamente se le ha hecho correr. El ninguneo pertenece, pues, a esa clase de venenos cuyos efectos se hacen sentir no sólo en el momento previsto sino también a muy largo plazo.

No olvidemos, sin embargo, que el ninguneo se dice de muchas maneras. Hay un ninguneo individual cuando, por ejemplo, en una cena hacemos como si una persona no existiera: no respondemos a sus preguntas, no le servimos vino si nos lo pide, no le pasamos la sal e intervenimos en la conversación como si no se hallara presente. Y todo ello podemos hacerlo con la mayor elegancia para, por decirlo así, autoafirmándonos en nuestro *glamour*, acentuar el sarcasmo, potenciar el desdén.

La situación descrita por Paz no pertenece al ninguneo individual sino al social: lo que se buscaba desdeñar era su intervención política, su persona en tanto figura pública que defendía ciertas creencias en relación con una comunidad y, por medio de este desdeñar, se quería afirmar una posición opuesta. No obstante, tanto en el caso individual como en el social, aunque de diferente manera, se afirma: tú no eres alguien, eres nadie. Así, una vez más nos encontramos con el funcionamiento típico de la razón arrogante: el desprecio como medio de la autoafirmación.

Pero hay también, junto con el ninguneo individual y social, un ninguneo histórico. Este último es un tanto diferente del ninguneo individual y del social. En sus *Epígrafes y comentarios* de 1985, Ramón Xirau lo toma como tema. Copio largamente, primero, su dictamen y, luego, el comentario que razona el mismo Xirau. El dictamen:

Es no sólo frecuente que en México, y en buena medida en Hispanoamérica, olvidemos el pasado: me refiero aquí sobre todo al pasado literario, artístico y, de modo más amplio, cultural. Vive Alfonso Reyes y Alfonso Reyes es una presencia constante entre nosotros; vive José Vasconcelos, y es una centella y una viva polémica; vive Antonio Caso y es entre nosotros —¿cómo estaba al corriente de la filosofía mundial en plena Revolución!—

y todos los tenemos presente; vive Xavier Villaurrutia y es el alma de nuestras letras (sin olvidar que acaso en sus mejores poemas sea el más grande poeta de su generación). Después de la muerte de cada uno de ellos viene el olvido, un olvido imperdonable, un dejar en el cajón de lo "ninguneado" a personas —solamente he citado algunas en el campo de la filosofía y las letras; hay muchas más— que son parte integrante de nuestra vida y de nuestra historia actuales; personas sin las cuales nuestra vida, nuestro pensamiento resulta ininteligible. ¡Al olvido! O, cuando no van a dar al olvido, se convierten en monumentos que son piedra, también de olvido masivo.

El ninguneo histórico, a diferencia del ninguneo personal o social, se configura como una tradición del olvido. El reconocimiento negado a nivel histórico se puede desplegar, entonces, como olvido directo, como eliminación literal de nombres, obras y episodios o con un olvido oblicuo, como olvido enmascarado en piedra o en bronce, en rituales que no significan nada. Prosigo copiando la reflexión o contra-moraleja que Xirau hace a estas observaciones.

La cultura de una sociedad es un lento cultivo; un cultivo en el cual —lo saben muy bien los franceses— cuenta cada momento del pasado. Una sociedad viva es una sociedad con memoria de la misma manera que un hombre conciente es conciente gracias a su memoria. ¿Qué sentido tiene el futuro sin el pasado?; ¿qué mis previsiones sin mis recuerdos?

Xirau tiene razón en su comentario. Más todavía, no hay identidad personal sin memoria: sin memoria no existimos. Y no hay cultura sin memoria compartida, sin memoria social: sin tradición. No hay vida humana sin el lento integrarse a lo que los otros ya hicieron, sin la cándida o trabajosa pertenencia a un pasado común. La sociedad, las personas somos también eso: recuerdos entrelazados, entrelazándose para luchar mejor en contra de un enemigo ciego pero, es seguro, invencible: el olvido.

Ah, qué complicación... porque están las virtudes del olvido: el olvido es también liberador. Borra humillaciones, desencuentros, desgracias; borra todo lo que fue pero no debería haber sido (borra incluso lo que no quisimos ser pero disciplinadamente fuimos). Por eso, la queja de Xirau no es legítima si acusa en general al olvido. ¿De qué hablo? El ninguneo histórico a que hace referencia Xirau con su dictamen admite varias formas. ¿No habrán acaso argumentos para defender algunas de esas actitudes?

Tal vez. Quiero decir: creo que las diferentes formas del ninguneo histórico, estos reconocimientos negados que se hacen de agujeros en nuestra memoria social, poseen en América Latina y, en general en

lengua castellana, algunas malas razones, pero también quizá algunas razones justificables. Examinémoslas un poco.

2. LAS RAZONES COLONIALES

Si no me equivoco, dos vicios son sintomáticamente responsables de las malas razones del ninguneo histórico. Se trata de dos trampas coloniales que son, a la vez, graves patologías del juicio: las conspiraciones del olvido que producen el afán de novedades y el fervor sucursalero.

En el afán de novedades la atención nunca se concentra, nunca encuentra el objeto frente al cual quiere detenerse e indagar. No hay calma. Tenemos miedo de quedarnos "al margen de la historia", de "no estar al día", de empeñarnos en esfuerzos en los que en los "centros del mundo" ya se está "de vuelta". Estamos aterrados de no estar in. Así, el desprecio de la constancia, esa vieja e ineludible virtud, promueve concurridas manifestaciones de actividad inútil. Nos condenamos a la agitación, a suprimir la mirada reposada y los proyectos de largo aliento. El "analfabetismo periodístico" es la escuela más eficaz de este vivir en zozobra. Por eso, una forma excelente de visualizar el afán de novedades consiste en atender el comportamiento de cualquier periódico o de cualquier canal de televisión y la actitud que generan tales medios.

Los lectores de periódicos o los espectadores de los programas de opinión o informativos de la televisión tendemos a creer —al menos esa es la actitud espontánea que se busca producir— que lo que se presenta es "la realidad tal cual es", "las cosas mismas". Ese operar de la razón arrogante que suele llamarse "neutralidad normativa" hoy ha encontrado un refugio poderoso en esa actitud.

Además, por supuesto, "la realidad tal cual es", "las cosas mismas" suceden siempre en tiempo presente; configuran, por decirlo así, "instantáneas" sólo capturables por los ansiosos fotógrafos del olvido. Manuel Cruz indica en su trabajo "El futuro tras el final": "con su constante invitación a la lógica de empezar desde cero, los medios de comunicación están configurando una determinada manera de pensar el mundo, una determinada actitud en la que el acento recae sobre la idea de novedad. En el mundo de hoy cualquier actitud que se presente como inaugural es muy bien recibida. Expresiones como *empecemos de nuevo*, *pasemos página*, *nueva transición*, o tantas otras similares, se nos aparecen como cargadas, casi siempre desde su misma enunciación verbal, de connotaciones positivas".

Nos resignamos a liquidar el pasado. Invocar la memoria social para comprender el presente, para

investigar por qué y cómo se cambió, pedir que se formulen razones o causas de lo que es y de sus cambios, y que no sólo se expongan —como en la vitrina de un supermercado sórdido pero con excesiva iluminación— datos sorprendentes o fulminantes "apariciones", en fin, pedir que se argumente es de pésimo gusto, una majadería.

De este modo no sorprenderá que esta voráGINE del olvido nos resulte un instrumento imprescindible de cierto ninguneo histórico; incluso no sorprenderá que podamos hablar de una forma de *ninguneo histórico propio del afán de novedades*. Según esta forma del ninguneo no sólo hay que borrar el pasado para hacer lugar a las novedades del presente. Más bien, si "todo" no son más que puntuales novedades más o menos fugaces e intercambiables, ¿a qué retener algunas en lugar de otras? ¿A que detenernos a examinar lo que pasó si tanto está pasando y pasará a nuestro alrededor?

El afán de novedades tarde o temprano acaba cansando. Al tercer o cuarto vuelco de la moda hasta la casi infinita frivolidad de muchos de nuestros investigadores se agota y dice: "¡basta!" Este es un buen momento para dedicarse con minucia al fervor sucursalero: para recortar un pequeño coto de interés y convertirse en humildísimo experto o técnico o, si se posee energía desbordante, en fanático de alguna corriente de pensamiento. Estas son las dos versiones del fervor sucursalero en las ciencias sociales y, en general, en las humanidades de América Latina y, en general, en castellano. Por lo demás, ambas versiones, experto o técnico y fanático, no se encuentran muy distantes la una de la otra.

Con pavor se objetará: ¿por qué asimilar en las ciencias sociales y en las humanidades al experto, al técnico con el fanático? ¿Y qué tiene que ver todo ello con el fervor sucursalero? Por supuesto, los expertos y los técnicos genuinos merecen el mayor respeto. Sin embargo, hay que distinguir entre los expertos y los técnicos genuinos y los expertos y los técnicos problemáticos o incluso fraudulentos.

Se es paradigmáticamente un experto o un técnico genuino en relación con una disciplina del saber que no sólo admita claras parcelas, sino que esas parcelas bien demarcadas y, así, en algún sentido independientes, resulten de la mayor utilidad. Claramente este es el caso de los expertos y los técnicos cuyos saberes son o dependen de alguna ciencia natural. También en las ciencias sociales y en humanidades puede haber esta clase de expertos y técnicos pero la situación es muchísimo más compleja. Por ejemplo, ser un experto en el *Purgatorio* pero desconocer su contexto en la literatura italiana e incluso en la obra de Dante y hasta —en el límite— en el resto de *La divina Comedia* es un ejemplo de "experto

problemático". Sospechamos que difícilmente ese experto pueda decirnos algo interesante sobre el campo mismo de su estudio si carece de posibilidades de conectarlo con otros campos afines e incluso si carece de alguna perspectiva literaria más o menos abarcadora. Algo similar sucede con un técnico en estadísticas electorales pero a quien no le preocupan en absoluto las consideraciones sociales y políticas en las que se sitúan los datos que investiga. ¿Podrá acaso ese técnico interpretar apropiadamente su objeto de estudio? Probablemente no; probablemente se niegue a argumentar aferrándose al "marco conceptual" que aprendió en su juventud. Así, detrás de cada experto o técnico problemático aparece tarde o temprano la avidez de la secta, el fanático: el instigador de algún fervor sucursalero.

Pues, con espíritu tan descaradamente colonial o más que en el afán de novedades, en el fervor sucursalero sólo se recuerda la sucursal que se instaló: la corriente de pensamiento que implícitamente o de modo militante se procura defender. Así, se carece de lugar y de tiempo para otros reconocimientos, para detener la atención en un pasado abarcador, para imaginar otras posibilidades; sobre todo, se carece de lugar y de tiempo para apreciar lo que a partir de una razón arrogante se llamará "la mísera realidad que nos rodea". Así, podemos pensar también en una nueva forma ilegítima del ninguneo histórico: el *ninguneo histórico propio del fervor sucursalero*.

De esta manera, tanto en el ninguneo histórico propio del afán de novedades como en el ninguneo histórico propio del fervor sucursalero, con espíritu colonial, se viola, pues, la máxima antisectaria:

No olvidés que cualquier tipo de querencia posee un techo, un límite: más allá de él habita la aridez o la locura; en ambos casos, poco a poco o de súbito, comienza el sentido.

Para el ninguneo histórico propio del afán de novedades, por ejemplo, para quien practica el "analfabetismo periodístico" y "está al día" sólo leyendo diarios y revistas, no hay límite a su desesperante hambre de crónicas de sucesos pasajeros. En este sentido, los diarios y demás medios de comunicación masiva nos han convertido en sectarios de lo efímero. Casi no conocemos otro estado de ánimo que esta ilimitada distracción.

Tampoco el ninguneo histórico propio del fervor sucursalero pone límites a su misionero deseo de convertirse en representante de verdades o supuestas verdades elaboradas en alguna Casa Central del Pensamiento.

En ambos casos opera con claridad el mecanismo de la razón arrogante: tanto en el ninguneo histórico

propio del afán de novedades como en el ninguneo histórico propio del fervor sucursalero, despreciando, nos afirmamos ya sea en las "instantáneas" del presente, ya sea en la "sucursal" que, con tanto celo, hemos instalado. De esta manera, se trata de formas de reconocimiento negado que se constituyen como pseudo-olvido: se hace como si se suprimiera el pasado y se actúa como si ello fuera un hecho, pero a la vez, se sabe que el pasado sigue ahí y, "por detrás", seguimos rumorando contra él.

La ilegitimidad del ninguneo histórico propio del afán de novedades y del ninguneo histórico propio del fervor sucursalero está, pues, a la vista. Pero ¿hay alguna otra forma defendible del ninguneo histórico?

3. FUNCIONARIOS, PERIODISTAS, FIGURAS Y VALORES

Es común la tendencia a pensar en bloques de pensamiento, una tendencia no ajena a quienes piensan y actúan según la máxima

Siempre es bueno más de lo mismo.

De esta manera quien es malo es malísimo, es malo del todo; por decirlo así, es malo a todo lo ancho de su maldad. En su relato "La señora mayor" escribe Borges: "Las palabras *protestante, judío, masón, hereje y ateo* eran, para ella, sinónimas y no querían decir nada". Quien piensa en bloques de pensamiento piensa en unidades homogéneas: maldades sin fisuras, sin aspectos, maldades puramente malas; a la postre todas las formas de la maldad resultan, como las heterogéneas palabras de la señora mayor, sinónimas. Esta ha sido una de las constantes de la vida política entre nosotros.

Sin embargo, si estas maldades son increíbles, porque de algún modo todos sabemos que son irrealles, también lo son las correlativas bondades y las admiraciones indiferenciadas, bobas, que éstas buscan provocar. Por ejemplo, se puede ser un buen poeta o un buen filósofo, un buen economista o un buen antropólogo sin que ello implique ser un buen administrador, tener una posición política compartible o ser un buen padre de familia. (Parece mentira que una y otra vez sea necesario recordar estas tibias sensateces. No obstante, ¿a cuántos escritores y científicos sociales de tercera hemos aprobado y hasta aplaudido porque eran "de los nuestros"?).

Mi sospecha: a veces el "ninguneo histórico" en América Latina es la reacción en bloque, en alguna medida saludable, a la homogeneización del bien, a la mirada que se condena a no distinguir.

Entre tantos ejemplos importantes, es útil atender el siguiente pequeño botón de muestra: a menu-

do nos olvidamos de distinguir entre varias maneras que tienen las personas de incidir en la vida cultural, tanto en la Academia como en la anti-academia.

¿A qué me refiero con estas vaguedades?

Por lo pronto, con respecto a su función en el quehacer de las ciencias sociales, las humanidades o la cultura en general distinguiré entre cuatro tipos de presencias: *funcionarios*, *periodistas*, *figuras* y *valores*.

Un *funcionario* cultural es quien ocupa un puesto, una posición en la administración de la cultura. Este cargo puede pertenecer a la academia, al gobierno o a fundaciones privadas. En cualquier caso, un funcionario dirige o forma parte de oficinas que inician o respaldan actividades culturales (se editan libros y revistas, se hacen exposiciones, se programan conciertos, se financian obras de teatro, se organizan festivales, se otorgan becas, se proyectan seminarios...). Un funcionario cultural, como cualquier funcionario, dispone de poder en sentido estricto; pero su poder depende directamente del cargo que desempeña en tanto funcionario.

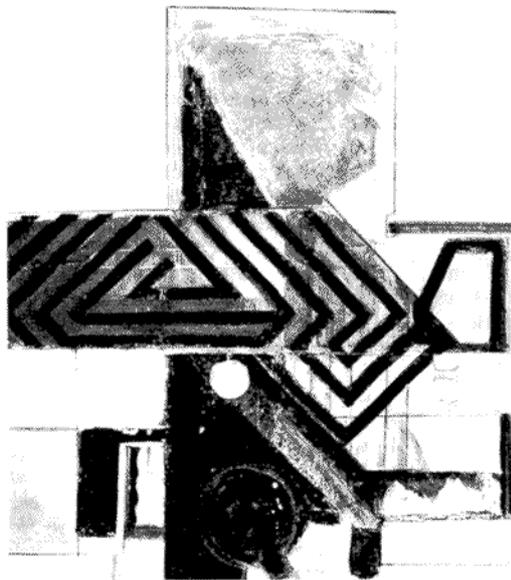
Un *periodista* cultural es quien divulga e inevitablemente selecciona algunos acontecimientos en medio de todo lo que sucede en el entorno cultural. Hay muchos tipos de estos periodistas. Quienes ejercen el periodismo cultural van desde el simple reportero que informa sobre ciertos sucesos, para él o para la redacción de su diario, importantes, al crítico "de

fuste" que, desde las páginas de un periódico culturalmente influyente intenta con sus reseñas de libros y autores hacer y deshacer reputaciones e imponer sus gustos y manías.

Por *figura* comprendo a quienes poseen un prestigio efectivo: una autoridad reconocida en cierta comunidad. Esta autoridad no depende de un cargo, sino de las cualidades de la propia persona y de su trayectoria. Estamos entre mujeres u hombres con algún tipo de influencia en uno o varios de los medios culturales que conforman una sociedad. Las figuras tienden a ser "animadores", fundadores de revistas o de tertulias; o "padrinos", gente que con consejos apoya o disuade; o "iniciadores", quienes introducen un tema o una corriente de pensamiento, o un modo de investigar en antropología, sociología, historia... en un momento clave de la vida del país. En fin, se trata de mujeres u hombres que son respetados, escuchados y seguidos y, así, también, con poder. Sin embargo, se trata de un poder informal: un poder independiente de los cargos del funcionario. Al respecto, se suele hablar en América Latina de "caudillos culturales". Estamos, pues, ante "gente de peso" en alguna esfera de las ciencias sociales, de las humanidades o, en general, de la cultura.

Lo que propongo comprender como un *valor* es de otro orden: nos encontramos ante mujeres u hombres con una obra de importancia efectiva. O, tal vez haya que decir mejor: quien reconoce un valor reconoce la excelencia propia de ciertos textos, la materia de que están hechos los clásicos. Así, si asumimos exclusivamente la perspectiva del valor, un científico social vale sólo en tanto científico social, y nada más; un filósofo vale sólo en tanto filósofo, y nada más; un escritor vale sólo en tanto escritor, independiente de sus otras presencias en un medio. Cuando reconocemos un valor nos importan exclusivamente la perfección de una obra, sin importarnos para nada que la persona que la produjo tuviese algún tipo de afiliación o poder, sea el directo de un funcionario o de un periodista influyente o el informal de una figura.

A partir de esta tipología entre funcionario, periodista, figura y valor se distingue, pues, entre la importancia directamente social o histórica de un funcionario, de un periodista o de cierta figura y la importancia cultural efectiva de un valor. Así, un antropólogo, un sociólogo o un escritor en cuanto funcionarios, periodistas o en cuanto figuras pueden tener una importancia histórica en cierto tiempo: como introductores de nuevas ideas, como divulgadores de alguna corriente de pensamiento, como promotores de publicaciones en las que se inician las nuevas generaciones... y, a la vez, su propia obra antropológica, sociológica o de escritor tal vez no exis-



ta en tanto valor. O viceversa: hay antropólogos, sociólogos o escritores que no poseen otra presencia que la de sus textos.

Por supuesto, hay (para multiplicar la confusión) muchas personas que con habilidad combinan varios de esos "papeles" culturales: son lúcidos periodistas y buenos escritores, o funcionarios y figuras prestigiosas... E incluso encontramos algunas raras presencias que despliegan, a la vez, gran importancia directamente histórica y gran importancia efectiva. Es el caso extremo de Goethe y, en nuestra lengua, de Ortega y Gasset y Octavio Paz. Sin embargo, ni siquiera en estas ocasiones la mirada sobre ellos tiene por qué ser fija y homogénea: el juicio sobre Ortega como "empresario cultural", fundador de la *Revista de Occidente* y animador de tantos círculos, no tiene por qué contaminar el juicio de Ortega como filósofo, autor de las *Meditaciones del Quijote* o *La rebelión de las masas*. Insisto: en el primer caso evaluamos una imprescindible figura de la cultura y hasta un magnífico periodista, en el segundo caso, la validez de ciertos textos.

También por supuesto, una comunidad no tiene por qué olvidar a los funcionarios ni a los periodistas (cuando se trata de casos excepcionales) ni, sobre todo, a las figuras, tan poco como no debe olvidar a los valores. Sin embargo, la manera de recordarlos debe diferir. ¿Cómo es esto?

La importancia histórica de un funcionario, de un periodista y, sobre todo, de una figura otorga materiales ceremoniales a una comunidad: recogiendo estos materiales una tradición reconoce a algunos de sus constructores —ya sea un funcionario o un periodista, ya sea una figura— y, en ese reconocimiento se reconoce y se construye (aunque los excesivos "homenajes en vida" tienden a resultar contraproducentes).

Por el contrario, la importancia efectiva está dada por el uso de un autor: cómo se aprovechan las sucesivas generaciones de ciertos textos y los gozan o aprenden de ellos en primera persona, sin demorarse ni en la biografía ni en las circunstancias históricas de su producción.

Por eso, quizá un valor no se desarrolla en su justa medida sino después de su muerte, cuando su persona ya no está más ahí para ayudar o impedir que se le aprecie. Por decirlo así, la muerte de un individuo en alguna medida fija su presencia en cuanto funcionario, periodista o figura; de este modo, también en ese sentido fija su importancia en cuanto material ceremonial de una comunidad pues fija su lugar en la historia (que los diversos revisionismos históricos podrán, claro, reubicar). En cambio, sabemos de antemano que la muerte de un valor sólo marca una fase provisional de su uso; será la recepción de sus

textos la que irá, una y otra vez, rearmando ese perfil a cada paso corregible. No hay que olvidar que la historia de la recepción de un valor posee por lo menos una propiedad: es turbulenta e impredecible. Textos que pasan inadvertidos o casi en una época se convierten en los valores centrales de otra.

Las páginas culturales de nuestros diarios o los noticieros culturales de la televisión —que saben mentir con tanto rigor— suelen invitar al entusiasmo bruto, al aplauso que no jerarquiza y, de esta manera, funcionan como causas homologadoras de los cuatro tipos distinguidos. Así, leo hoy —y ese "hoy" puede ser casi cualquier día— una elogiosísima noticia sobre las memorias de un ex-presidente y una igualmente elogiosísima noticia sobre la última novela de García Marquez. Al dar vuelta la página me encuentro que la noticia sobre una nueva antología de la poesía de Lezama Lima recibe casi la misma atención que el volumen de previsible poemas de un funcionario universitario y de un libro de entrevistas de un periodista muy influyente que, por casualidad, colabora en dicho diario... Por otra parte, la ruidosa actividad pública de algunos de nuestros científicos sociales suele hacernos olvidar que el valor de sus investigaciones es por completo independiente del éxito o fracaso que puedan tener como funcionarios o como figuras culturales. Tampoco sus libros serán más perdurables porque escriban las notas editoriales del diario cuya política compartimos, incluso cuando lo hagan con habilidad y hasta con inteligencia.

No obstante, ese no tener en cuenta la tipología propuesta no es propiedad de ningún diario ni de sus páginas culturales ni siquiera del sistema de premios y castigos, tan propio de nuestras academias. Ese no tenerla en cuenta y su consecuente confusión se ha convertido en política generalizada.

De esta manera, cuando se olvida la tipología entre funcionarios, periodistas, figuras y valores, parecería que el ninguneo histórico como reacción en bloque lejos de ser un producto más de la razón arrogante, constituye un recurso legítimo porque nos hace espacio. ¿Tenemos, entonces, buenas razones para esta forma del ninguneo histórico, el ninguneo histórico como reacción en bloque ante la homogeneización del bien? Después de todo, los poderosos que se mueren dan un respiro a los vivos. ¿Cómo es esto?

Con respecto al poder cultural, sus funcionarios y periodistas y hasta en relación con sus figuras, al contrario de lo que sucede con los valores, la muerte termina definitivamente con sus respectivas carreras. Por ejemplo, los funcionarios y las figuras no formarán ya parte de ningún jurado calificador. No darán más puestos ni becas; no organizarán congresos, ni pagarán viajes. No serán los amigos-conseje-

ros de ningún político influyente. ¡Qué descanso! Ahora, por fin, ya se podrá decir la verdad. Ahora, por fin, ya se podrá ignorarlos.

Estas sensatas razones también pueden confundir: hay muchos reyes desnudos, pero no todos quienes se presentan como posibles valores lo son. Cuidado, entonces, con oponer a la homogeneización del bien un ninguneo histórico como reacción en bloque que pueda ser él mismo otro producto del vértigo simplificador, de la homogeneización.

Lo que importa: mientras no se institucionalice con claridad la distinción entre funcionarios, periodistas, figuras y valores, habrá una forma del ninguneo histórico en cierta medida justificable: el ninguneo histórico como reacción en bloque, como loco ataque al elogio engeguado.

4. SOBRE LA IMPOTENCIA

Entonces, si esto es así, ¿opera a veces la razón arrogante como razón virtuosa?

No lo creo. Lo que entiendo como casos en cierta medida justificables de ninguneo histórico, el ninguneo histórico como reacción en bloque, como respuesta a la homogeneización del bien, por un lado, no suele implicar ni un autoafirmarse en exceso ni tampoco el desdén en exceso. En sentido estricto, este ninguneo histórico tiende a ser una forma de pseudo-ninguneo: no se formula como un reconocimiento negado, como una conducta doble que rumora "por la espalda" en contra de lo ninguneado; no resulta de hábitos coloniales como el afán de novedades o el fervor sucursalero. Más bien, se quiere olvidar "en bloque". Buscamos borrar los fraudes de nuestra memoria social, y como nos sentimos impotentes, entre otras impotencias, impotentes para distinguir entre funcionarios, periodistas, figuras y valores, simplemente tomamos la única salida que nos queda: borrón y cuenta nueva. Nos hacemos un lugar, aunque no despreciando sino olvidando.

Sin embargo, por otro lado, en relación con este olvido, tampoco se puede hablar de una razón virtuosa: al dejarnos llevar por la impotencia a reaccionar en bloques de pensamiento —al reaccionar en contra de la homogeneización del bien con la homogeneización del olvido, con la tradición del olvido—, también cometemos graves errores de juicio. Pues quien piensa a partir de bloques de pensamiento —por ejemplo, a partir de bloques de pensamiento político— no distingue, no matiza, no sopesa y, así, tarde o temprano se equivoca.

De este modo, en el extremo opuesto a la razón arrogante, pero con efectos a menudo convergentes, también la impotencia nos aconseja a amurallarnos, al fácil no escuchar. En el ninguneo histórico como

reacción en bloque se trata, pues, de una forma de actuar en cierta medida justificable, pues dadas algunas circunstancias sociales o personales es la más apropiada; sin embargo, en ningún sentido estamos ante una razón virtuosa.

Por eso, hay que enfatizarlo: justa y difícil y honda es la razón que eludiendo tanto la sinrazón de la arrogancia —el pseudo—olvidar del ninguneo histórico propio del afán de novedades y del ninguneo histórico propio del fervor sucursalero— como de la impotencia —el ninguneo histórico del reaccionar en bloque, del olvidar en bloque— puede juzgar de caso en caso cómo, cuándo y qué hay que olvidar, y cómo, cuándo y qué hay que recordar, y todo ello sin apelar al desprecio. Esta comprobación irresistible nos conduce al Nietzsche de las *Segundas consideraciones intempestivas* de 1874:

se busca saber olvidar a tiempo (*zu rechten Zeit*), como se sabe recordar a tiempo; es necesario que un instinto vigoroso nos advierta cuándo es necesario ver las cosas históricamente y cuándo hay que verlas no históricamente. Se invita al lector a reflexionar sobre el siguiente principio: el sentido no histórico y el sentido histórico son igualmente necesarios para la salud de un individuo, de una nación, de una civilización.

La observación de Nietzsche es generalizable a cualquiera de los aspectos de nuestra existencia: el sentido no político y el sentido político, el sentido no moral y el sentido moral, el sentido no científico y el sentido científico, el sentido no estético y el sentido estético... son igualmente necesarios para la salud de un individuo, de una nación, de una civilización.

De lo que se trata es, pues, de que la razón piense y actúe "de la manera correcta", "en la situación correcta": con juicio.

Por ejemplo, entre los pseudo—olvidos y la amnesia involuntaria o voluntaria —ese olvidar "en bloque"— por un lado, y el *Funes*, el *memorioso* de Borges —ese recordar "en bloque"— por otro, la razón que se ha entrenado en el sentido de la ambigüedad y en la máxima anti—sectaria —*cualquier tipo de querencia posee un techo, un límite...*— es la razón que ha aprendido a habitar los lugares de la memoria y los lugares del olvido: que conoce cómo oír y desoír con justeza, en el presente y también con respecto al recuerdo o a la imaginación.

Esta es la razón que se sabe autoafirmar y responder al reclamo: *deseo ser alguien y no nadie*, pero sin apoyarse en el desprecio. Esta es también la razón que, distinguiendo y argumentando, no se deja intimidar ni por la arrogancia de algún poder, ni por la impotencia. <